



Letras Chilenas

LOS TRIPULANTES DE LA NOCHE

En 1964, recordaba Mario Bonat

En Antofagasta hay una calle que lleva el nombre de Salvador Reyes, en memoria del abuelo de Salvador. Más tarde habrá un puerto, una plaza, sin duda, y un barrio del mismo nombre, en homenaje al niño, marinero del mar.

Tiempo después, el que esto escribe, hijo del constructor del puerto de Antofagasta, transiente de la calle que lleva su nombre, playero y vespertino, tuvo el deseo de completar el recuerdo de Bonat.

Y en cada antofagastino corre, secreta e insuperable, una palabra para Salvador: *Gracias!*

por MARTÍN CERDA

Con el título, húmedo, safo e incitante, de *Los Tripulantes de la Noche*, la editorial Zig-Zag acaba de reeditar dos antiguos libros de novelas (*) de Salvador Reyes, que andaban, desde hace varios años, solicitando ser reimprimos. Este título —tenido de la primera de las *Tres Novelas de la Costa*— bautizó, marineramente, a la versión francesa de estas tres estrepitosas aventuras, llevada a cabo, hace veinticuatro años, por Georges Pillemer.

Prologó el volumen Pierre Mac Orlan.

Este prólogo figura ahora, como mascarón de proa, en esta edición de *Los Tripulantes de la Noche*. ¡Feliz maniobra para iniciar una buena navegación! Pierre Mac Orlan, perfecto aventurero de la vida, firme catador de libros, horizontes e ideas, señaló, con mano segura, la buena estrella literaria de Salvador Reyes. No se equivocó. Los años, al ir brincando sobre el lomo travieso de las modas, han ido perfilando el horizonte último de sus libros. Su modo de ser, radical e inabarcable, recio e indolegable, noble e implacable.

“Él —decía Mac Orlan— un chileno del norte”.

En esta frase breve, de humilde, sumaria apariencia, va dicho, sin embargo, lo más sustantivo del autor de *Los Tripulantes de la Noche*. Tanto que cuando alguien emprende la tarea de historiar la existencia nortina tendrá, fatal e ineludiblemente, que tomar sus hilos conductores de la obra de Salvador Reyes. Esos hilos finos, temblorosos e irrompibles que atan la peregrina nortina al destino incierto del mundo. Que levantaron, a la más alta dignidad de las marinerías, los nombres enigmáticos, sombreados de sal, de Antofagasta, Talca, Iquique, Calama...

El puerto —ha recordado, retirándose a Antofagasta, Salvador Reyes— nos hablaba en su idioma cosmopolita, con sus fantasmagorías crepusculares al fondo de las cuales se perdía la silueta de un gran velero rumbo a Nantux, Londres, Hamburgo, Calcuta... El desierto nos hechaba el pecho con sus soplos de aventuras y las leyendas de sus viejos caudillos. No éramos más que niños aturdidos en medio de ese mundo bullicioso y lleno de color. Con avidez y miedo esperábamos que llegara nuestra hora de descifrar el secreto de la mujer y de la tierra” (1).

El chileno del norte puede imaginarse, sin otro recurso que su propia experiencia de la vida, la infancia inquieta de Salvador Reyes. Por sus libros corre la misma sangre —una sangre caliente, generosa, siempre dispuesta al horizonte— en que se sostiene, turbulenta, la vida de las pampas, de los puertos, de las calbas de la roca cubana nacional.

Se le puede imaginar recorriendo, codicioso, el lomo errante de las alas, una tarde cualquiera, apagándose, lenta e irremediablemente, sobre la arrugada superficie del mar.

mientras, profunda e inverosímil, la ciudad iba encendiendo sus luces en la soledad mineral de la piedra. Se le puede imaginar, sentado en los maderos silenciosos de los muelles, soñándose pirata, grumete, cazador de ballenas, dando o recibiendo imaginarias dedones desde los puentes de los clipper que, cabeciendo solemnemente, se iban a la casa del horizonte.

¿Por qué?

Porque, en primer término, todo nortino conoce, en verdad, el monto de su deuda con Salvador Reyes. Sabe que el autor de *Los Tripulantes de la Noche* no es sólo el primer escritor de su espacio geográfico, sino que, en último término, es el soñador e inventor mentiroso del horizonte efectivo de sus sueños. En sus libros ha aprendido a reconocer en lo que es última, realmente. En cada trazo de su escritura ha aprendido a reconocer el trazo íntimo del pulso de su vida. En cada inflexión de sus palabras ha aprendido a reconocer la inflexión profunda de su memoria.

Al prologar, hace veintidós años, la edición francesa de Vespertino, Francis de Miomandre señalaba que la soledad es, posiblemente, el secreto recorte del arte narrativo de Salvador Reyes.

Esta señalización del crítico francés puede ser confirmada, sin un trabajo excesivo, no sólo en Vespertino, puerto de nostalgia, sino, asimismo, en las novelas que ahora figuran en *Los Defraudados*. El *Incendio del Astillero*, *Los Tripulantes de la Noche*, como, asimismo, en sus *Andanzas por el Desierto de Atacama* o en los fragmentos publicados de sus *Memorias*.

“Hace tantos años, no sé cuántos! —escribe en la novela inicial de *Los Tripulantes de la Noche*— Un día, simplemente, el deseo de marcharme... Para mí cualquier cosa podía ser mi hogar...” — “¿Cómo ha pasado el tiempo —agrega en “El Matador de Tiburones”— y con qué velocidad!... Inclinado, como un viejo, sobre la ausencia de mi propia alma, he de buscar en las historias de mi primera juventud el verdadero sentido de la vida”.

La vida es, en los puertos, un curioso comercio de nostalgias e incitaciones, un secreto tráfico de pérdidas e invenciones, de partidas y regresos, de adioses y saludos. “Frente a los puertos —decía Salvador Reyes en uno de sus primeros



SALVADOR REYES

poemas— canta la nostalgia. La vida es, en los puertos, una dulce itinerancia: una pasión que, un día, se escapa, como el tiempo, dando tumbos hacia el horizonte...”

Los puertos son, como lo indica su etimología, puertas. Puertas abiertas al rumor infinito e inabarcable del mundo, en el que, de pronto, se concentra toda la existencia planetaria. En sus *Lecturas sobre la Filosofía de la Historia Universal*, al tratar los fundamentos geográficos de la historia, Hegel señalaba la importancia que ha tenido el mar sobre el destino de los pueblos costaneros. Esta importancia ha sido, luego, muchas veces reiterada por pensadores, escritores e historiadores.

Bandolero, tan diestro barreador del alma humana, estampaba en sus flores errabundas.

Homage libre, toujours tu chéveras la mer!

anticipándose, en casi cien años, al diagnóstico de Drieu. “Los pueblos marítimos —decía el malogrado escritor francés— gozan más fácilmente de la libertad que los pueblos continentales, y tienen de ella una idea más refinada...”

Novelista de la existencia portuaria, cronista de los caminadores del desierto de Atacama, reclutador imaginario de tripulación de altamar, Salvador Reyes ha sido, antes que otra cosa, un hombre libre. Un alma gemela de aquellos milenarios copiapinos que se adentraban, solos, por el paisaje muerto del desierto a la caza de la vida, con la misma decisión solitaria con que los hombres de mar se adentran, cada día, en el paisaje incierto de la marina.

En esta espiritual hermandad de temple se unían los contrabandistas del antofagastino Mañón de las Ratas, Luis Adler, el matador de tiburones, Einar Wolff, el protagonista de *El Café del Puerto*; el copiapino Leandro, el capitán de Altamar Jean Garraud que se quedó, al igual que su barco, un clipper de Réville et Cie, de Burdeos, varado, para siempre, en Punta Arenas. Un mismo impulso vital recorrió, desde sus últimos resortes, las vidas de estos, como dice Salvador Reyes, *héroes de lo cotidiano*.

Salvador Reyes —decía, en 1943, Pierre Mac Orlan— es “uno de los más valiosos escritores entre los jóvenes de ese Chile, siempre un poco misterioso. Es alto, delgado, silencioso, afectuoso y secreto. Como Guillaume Apollinaire en Limehouse-Conservatory, ha debido encontrar, en un bar cualquiera de Valparaíso, al hombre que se le parecía como un hermano. Este encuentro es necesario a todos aquellos a quienes la aventura alimenta al confundirse con los colores cotidianos de la gran bohemia de altura”.

¿Cuál ese hombre no sea otro sino el mismo Mac Orlan.

“Hace muchos años —escribía, tiempo después, Salvador Reyes—, en un decorado que parecía especialmente concebido para las circunstancias, trabé conocimiento con la literatura de Pierre Mac Orlan. Fue

en un bar de Valparaíso, creo que en el Roland, vieja guarida de tripulaciones...” (2). Los años se han ido, fatalmente, abatiendo sobre la tinta de estos dos grandes aventureros del mar, pero, con ella, la estrella matutina de ambos ha ido subiendo, de más en más, hacia la constelación por la que, de un modo u otro, se guían los navegantes de la mejor raza de escritores. Esos navegantes que, ebrios de horizontes, miran cada día nacer, en su memoria, los velámenes espectrales de un clipper desde los muelles dormidos de algún puerto salitrero.

Un libro de Salvador Reyes es siempre una ráfaga de aire limpio, puro e independiente. Una ráfaga que arrastra en sus torbellinos la vastedad del mundo, la nobleza de los hombres sin máscara, el humor escéptico del escritor pensativo, la audacia de los tripulantes de la noche, de los infantes del desierto, de los soñadores solitarios. Una ráfaga vivificante que, en esta hora de moral e intelectual sofía, despierta el rumor protestante e indolegable de la sangre del chileno del norte.

Hijo de la errancia planetaria, este chileno, hecho de pampas y de mares, ha sido, en y será siempre un ser errante. Tal vez nunca tuvo nada porque, en verdad, siempre le hubo todo: unas manos libres con que anular el tamaño del mundo al tamaño de su decisión. De él se podría decir lo que Bandelaire decía del niño: “amorado de los mapas, para el cual l’Univers est égal a son vaste apollin”.

Hace unos años, pasando revista al ensayo cosmopolita de los puertos salitreros, Salvador Reyes decía que “todos tenían el mismo olor de mar, de muelles de cuero fino, de libros, de tabaco rubio, de olor de barcos, de tren, de pampa. Olor de ausencia y de lejanía”. En ellos —agregaba— “no había manera de escapar a la tentación del mundo...” (3).

Con esta reedición, los tripulantes de la noche regresan, después de algunos años de ausencia, a sus puertos de embarque. Regresan, de pronto, para describir, ante los incógnitos, el temblor de las navegaciones, mientras, desde Saint-Cyr-sur-Morin, los acompaña, próximo e inabarcable, el acordeón infatigable de Pierre Mac Orlan.

(1) Salvador Reyes, “Los Tripulantes de la Noche”, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1965. Breve “Tres Novelas de la Costa” (Revista, Santiago, 1956) y “Norte y Sur” (Observatorio, Santiago, 1967). Fue publicada el primero de estos dos libros con el título de “L’Équipage de la nuit” (F. Soria 14, París, 1943).

(2) S. Reyes, “Andanzas por el Desierto de Atacama”, p. 96.

(3) S. Reyes “Historia de la vida”, p. 43.

(4) S. Reyes, “El Tercero del Brick” en “El Incendio del Astillero”, p. 21.

Los Tripulantes de la noche [artículo] Martín Cerda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cerda, Martín, 1930-1991

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los Tripulantes de la noche [artículo] Martín Cerda.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile